



CAPÍTULO XVI

Escipion el Grande (desde 211 antes de J. C. hasta 205).—Es nombrado Publio Cornelio Escipion procónsul de España.—Desembarca en Tarragona.—Toma á Cartagena.—Generosidad de Escipion con los españoles.—Noble y galante conducta del romano con una jóven española.—Accion de Bécula. Gánala Escipion.—Logra Asdrúbal pasar á Italia.—Nuevos triunfos de los romanos en España.—Los cartagineses reducidos á Cádiz.—Enfermedad de Escipion.—Propágase la falsa voz de su muerte, y se rebelan de nuevo Indivil y Mandonio.—Sublévase una parte del ejército romano.—Somételos á todos Escipion.—Tratos con Masinisa para la entrega de Cádiz.—Conducta del gobernador Magon.—Los cartagineses son expulsados de España.

La asamblea del pueblo romano trataba de nombrar un general que reemplazase á Claudio Neron en España, y con sorpresa se vió que nadie aspiraba á recibir este honor. La suerte desastrosa de los dos Escipiones y las noticias que Neron les daba de la astuta falsía de los de Cartago, hacían poco apetecible y que se esquivára como peligroso el mando de las armas romanas en la península española. En tal situacion la república no sabia á quién enviar. Un jóven de veinticuatro años se levanta, y con arrogante acento: «Yo soy Escipion, exclama: pido que se me nombre procónsul. Quiérron ser el vengador de mi familia y del nombre romano. Entre las tumbas de mi padre y de mi tío sabré ganar victorias. Tengo todo lo que se necesita para vencer.» El jóven Publio Cornelio Escipion fué nombrado procónsul, y los hechos que figuraban en su corta historia hacían presentir los más felices resultados.

Diez y nueve años tenía cuando su padre Publio fué herido en la batalla del Tesino peleando contra Aníbal, y ya entonces el jóven Publio salvó la vida á su padre. Cuando las legiones derrotadas en Cannas se desbandaron por Italia, una de ellas nombró su jefe al jóven Publio Cornelio. No había huido el pavor de los soldados, y no trataban sino de huir. Escipion

se presentó en medio de los fugitivos con su espada desnuda: «Juro aquí solemnemente, les dijo, que con esta espada atravesaré el corazón á todo el que pretenda tomar el camino de Roma. Juro por Júpiter no hacer jamas traicion á la república. Tú, Cecilio, y vosotros todos los que os hallais aquí presentes, presentad el mismo juramento.» Tan enérgico lenguaje usado por un jóven, contuvo y realentó las tropas.

Publio Cornelio Escipion partió, pues, para España con 10.000 infantes y 1.000 caballos: se embarcó en Ostia y desembarcó en Tarragona.

El primer pensamiento que ocupó la atencion del pro-pretor novel fué apoderarse de Cartagena, principal baluarte de los cartagineses. Llegada la primavera, y aprovechando la ocasion en que los generales enemigos se hallaban léjos de la plaza, Magon cerca de Cádiz, Asdrúbal Giscon á la boca del Guadiana, y el otro Asdrúbal en el país de los carpitanos, ordenó á Lelio que con la armada siguiese la costa, y él sin perderla de vista pasó el Ebro con 25.000 infantes y 2.500 caballos. Á los siete dias la escuadra y el ejército se hallaban á la vista de Cartagena. Guarnecianla solos 1.000 hombres: creíase la por su gran fortaleza al abrigo de todo ataque. Despues de intentados varios asaltos, rechazados con bizar-

ría por los españoles que presidiaban la ciudad, fué avisado Escipion de que había un sitio que en las mareas bajas quedaba casi en seco, y por el cual podia llegarse á pié hasta la muralla. Sirvióle la noticia para persuadir á sus soldados de que Neptuno favorecia su empresa, y les dejaria atravesar el mar sin peligro. Así sucedió. Neptuno retiró las aguas á la hora que de costumbre tenía, y mientras Escipion daba el asalto por la parte del Norte, una cohorte escogida atravesó el vado hasta tocar en el muro. Echáronse las escalas, y abriendo la puerta más cercana, pronto estuvo la plaza en poder de los romanos (210). Las crueles leyes de la guerra fueron al principio seguidas, y no cesó la matanza hasta haberse entregado la ciudadela, donde se habia retirado el gobernador Magon. Lelio entre tanto se apoderó de la flota cartaginesa, quedando así los romanos dueños tambien y señores del mar.

Cartagena, que era la metrópoli de la España cartaginesa, era tambien el mejor puerto del Mediterráneo, la plaza más fortalecida, el emporio del comercio, el almacén y arsenal de las provisiones y de las armas, el depósito de los rehenes y el centro de las riquezas. Inmensas fueron las que allí recogió el vencedor. El oro y la plata se depositaron, segun costumbre, en manos del cuestor, especie de cajero de la república. El resto del botín, hecha la competente valoracion por los tribunos militares, se distribuyó, conforme á la práctica establecida, entre los soldados: ramo era éste que los romanos tenían perfectamente organizado: los soldados hacían juramento ántes de entrar en campaña de no retirar nada del botín, y los romanos guardaban entónces sus juramentos.

Cuando pasaron los primeros excesos de la soldadesca, comenzó Escipion á mostrarse generoso. La ley hacia esclavos á los prisioneros: Escipion dió libertad á todos los españoles, y lo que es más, les restituyó todos sus bienes, áun á aquellos que, aliados ántes de Roma, habían pasado á las filas contrarias. Otro acto de generosidad, más noble todavía, levantó más alta la fama de las virtudes del insigne caudillo. Por una inveterada y horrible costumbre, las prisioneras quedaban de derecho á merced del

vencedor. Hallábanse entre ellas la esposa de Mandonio y las hijas de Indivil, jóvenes y hermosas, dice Livio (1). Escipion respetó la esposa y las hijas de sus enemigos. Esto fué poco todavía. Como el presente que más podia halagarle, le presentaron los soldados una jóven española, notable por su rara y singular belleza. Era Escipion hombre de pasiones vivas y fogosas. Sabedor, no obstante, de que aquella jóven se hallaba desposada con un príncipe celtífero llamado Allucio, hizo llamar á sus padres y á Allucio mismo, y entregósele con todo el oro que para su rescate habían traído. «Recibidla de mis manos, les dijo, tan pura como si saliese de la casa paterna. No os pido en recompensa de este dón sino vuestra amistad hacia el pueblo romano.» Allucio supo corresponder al beneficio: sirvió á Roma, é hizo grabar aquella memorable accion en un escudo de plata, que regaló al generoso romano (2). Con semejante moderacion, granjeóse más partido Escipion en España que con multiplicadas victorias.

Lelio fué enviado á Roma con cartas para el senado anunciándole la toma de Cartagena. Como testimonio de la conquista, llevó éste en sus naves al gobernador Magon con algunos consejeros y senadores cartagineses. Hecho esto y dejada la suficiente guarnicion en Cartagena, volvióse á invernar en Tarragona.

La política que siguió Escipion le granjeó, como era de esperar, la amistad y afecto de los pueblos y de los caudillos españoles. Además de Edesco ó Edecon, varon muy principal entre ellos, pusieron á su devocion aquellos dos famosos régulos Indivil y Mandonio, que le debían la restitucion de sus familias. Admitiólos Escipion á su gracia, sin tener en cuenta su anterior enemistad, ni la parte que uno de ellos tuvo en la derrota y en la muerte de su padre. Á tal punto rayaba, ó la política, ó la magnanimidad del vencedor romano.

El infatigable Asdrúbal intentó vengar el infortunio de Cartagena, y al efecto salió de nuevo á campaña. Escipion, sin perder momento, le salió al encuentro, llevando consigo á Le-

(1) *Attate et forma florentes.*(2) *Liv., cap. XXXVII.*



lio, que ya era vuelto de Roma, y al español Indivil, que le guiaba. Halló al cartagines cerca de Bécula, no lejos de Castulon. Allí tambien vencieron las águilas romanas; allí tambien se bió brillar la política de Escipion. Los prisioneros cartagineses fueron vendidos como esclavos; los españoles enviados libres y sin rescate. Entre los africanos destinados á la venta llamó su atencion un jóven númida, cuyo garbo y gentileza le distinguian de los demas esclavos. Supo que era sobrino de Masinisa y nieto del rey Gala. Mandó Escipion que fuese tratado como un príncipe, y llamándole luégo á su tienda y dándole un anillo de oro, un traje militar español y un caballo ricamente enjaezado, le envió con buena escolta de caballería á los reales de Masinisa. Galante generosidad que Masinisa no olvidó jamas (209).

Despues de la derrota de Bécula, acordaron los generales cartagineses que Magon pasára á Mallorca á reclutar honderos; que Masinisa, con la caballería ligera, molestára los pueblos confederados de Roma, y que Asdrúbal Barcino, recogiendo cuanta gente pudiese en la Bética y en la Lusitania, realizára el antiguo y tantas veces frustrado proyecto de pasar á Italia en ayuda de Anibal. Esta vez logró dar cima al designio en que con tanto ahinco se habia empeñado el senado cartagines, el cual supo con regocijo que Asdrúbal, siguiendo el mismo camino que diez años ántes habia llevado su hermano Anibal, habia salvado los Pirineos, la Galia y los Alpes, y se hallaba en Italia (208), para mal suyo, como habrémos de ver en la breve noticia que darémos de aquella famosa campaña, una de las más memorables de la antigüedad.

Las costas del Mediterráneo y la parte oriental de la Bética estaban ya bajo la dominacion romana. Sin embargo, miéntras Escipion en Tarragona se dedicaba á arreglar el gobierno de la provincia, vino de Cartago Hannon, en reemplazo de Asdrúbal Barcino, acompañado de Magon, el que habia ido en busca de honderos baleares (1). Metiéronse juntos por la

(1) Esta identidad de nombres, tantos Hannon, tantos Magon y tantos Asdrúbal, como asimismo la

Celtiberia con intento de hacer levas de gentes; pero á éstos los venció Silano, lugarteniente de Escipion, cayendo en su poder el mismo Hannon recién venido (207). Lucio, hermano de Escipion, se encargó de rendir á Oringis (Jaen), que tomó por asalto, despues de lo cual fué enviado á Roma, llevándose consigo al prisionero Hannon y á trescientos cautivos nobles, segun costumbre de los romanos.

Asdrúbal Gisgon y Magon, únicos generales cartagineses que quedaban en España, estaban reducidos á las últimas partes de la Bética, donde era más antiguo su dominio. Allí fué á buscarlos el mismo Escipion, y empeñado un recio combate entre Córdoba y Sevilla, obligó á Asdrúbal á guarecerse en Cádiz con los desbaratados restos de su ejército, de noche y por fragosos cerros y ásperas veredas. Mantúvose observándolas Silano (206).

Tocaba á su fin la dominacion cartaginesa en España. El mismo Masinisa resolvió abandonar el partido de Cartago, y despues de concertar secretamente con Escipion y Silano la manera de ejecutar aquel pensamiento, volvióse á Cádiz para mejor disimular y encubrir el designio. Al obrar de este modo el terrible númida, pudo influir el decaimiento en que iban las cosas de su patria, y pudo tambien Escipion ganar con su política el ánimo de un príncipe que le habia visto portarse tan generosamente con su propio sobrino (1).

Por entónces bullia en la cabeza de Escipion la idea atrevida de apoderarse de la misma Cartago. Con este propósito partióse para África al intento de atraerse al viejo rey númida Siphax. Conseguido esto, regresó á Cartagena, satisfecho de haber suscitado á los cartagineses un embarazo en su propio país.

Cuando regresó se propuso castigar el agravio que las dos ciudades Illiturgi y Castulon habian hecho á los romanos; pero con tanta

pluralidad de Escipiones, pueden fácilmente producir confusion, no poniendo cuidado en distinguirlos, y dan á estas guerras cierta monotonía, que el historiador no puede remediar.

(1) «Acordó, dice el gravísimo Mariana, de moverse al movimiento de la fortuna y bailar al són que ella le hacia.» Lib. II, c. 22.



dureza, que desmintió la fama de su generosidad y templanza. Encomendó á Marcio el escarmiento de Castulon; tomó sobre sí el de Illiturgi. Defendiéronse brava y heroicamente los de esta última ciudad viendo que no podian evitar el suplicio, pero tomáronla los romanos por asalto. Si horrible habia sido el crimen y grande la deslealtad, grande y horrible fué tambien la expiacion. Todos sus moradores, sin distincion de sexo ni edad, hasta los niños de pecho, fueron pasados á cuchillo, sus edificios incendiados; no quedó piedra sobre piedra; sembróse de sal el sitio en que habian estado las murallas. Negra mancha que echó Escipion á la fama de generoso y templado que ántes tenia. Difícilmente los más moderados guerreros dejan de empañar el lustre de sus glorias con algun acto de inhumanidad y de fiereza. Parece llevarlo consigo el ejercicio de las armas y el hábito de derramar sangre. Castulon fué con ménos dureza tratada, acaso porque habia sido ménos culpable (1).

Despues de esto volvió Escipion á Cartagena, donde quiso dar un ejemplo de piedad filial honrando los manes de su padre y de su tío con magníficos funerales. Asistieron á estas fiestas fúnebres los principales jefes españoles, y aprovechó aquella reunion el romano para afianzar más su amistad y tomar mayor ascendiente sobre los indígenas (2).

Miéntras tenian lugar estos acontecimientos, el intrépido Marcio iba subyugando poco á poco el resto de las ciudades de la Bética. Sólo

(1) App. de Bell. Hisp. Tit. Liv., lib. XXVIII.

(2) En estas fiestas se vió por primera vez en España (ó por lo ménos es el primer caso que hallamos consignado en la historia), dirimirse una cuestion de derecho por medio del duelo ó combate personal. Dos ricos españoles, Corbis y Orsúa, ó hermanos ó primos, se disputaban el derecho al señorío de la ciudad de Iba, cuya situacion hoy se ignora. Acordaron los dos contendientes terminar su querrela por la vía de las armas en singular combate. Quiso el mismo Escipion intervenir en el negocio y reconciliarlos. Aceptó su mediacion Corbis; no así Orsúa, que se obstinó en llevar adelante el duelo: cara le salió su obstinacion, pues aceptado por Corbis y batidos los dos campeones perció Orsúa en la demanda, quedando su victorioso rival dueño y señor de Iba. Antiguo ejemplo de los famosos juicios de Dios, tan comunes despues en la Edad Media. Liv., lib. XXVIII.

Astapa (cerca de donde hoy está Estepa), recelando le estuviese reservado un castigo semejante al de Illiturgi por haber maltratado muchas veces los pueblos aliados de Roma, resolvió ántes que rendirse perecer, á ejemplo de Sagunto, y así lo cumplió. Sitiada por Marcio, y despues de haber hecho esfuerzos desesperados de valor, determinaron sus habitantes morir todos ántes que rendirse. Tambien, como los de Sagunto, levantaron en la plaza pública una inmensa pira, y reuniendo sus mujeres, sus hijos y todos sus efectos y alhajas, dieron orden á cincuenta jóvenes de los más determinados y resueltos para que en el caso de penetrar en la ciudad las cohortes romanas degolláran á sus familias y aplicáran fuego á la leña. Ellos salieron, como los saguntinos, á atacar los atrincheramientos romanos; dejólos Marcio avanzar hasta tenerlos completamente envueltos; ciegos ellos de ardor no ven el peligro, y perecen clavados por las lanzas romanas. Dirigense luégo los vencedores á la ciudad.... Cadáveres sólo y cenizas encontraron en ella. Lo que Sagunto habia hecho por no someterse al yugo de Cartago, lo repitió Astapa por no doblarse al yugo de Roma. Sólo en España se vieron estos ejemplos de rudo heroísmo. ¿Por qué Astapa ha sido ménos ensalzada que Sagunto? ¿Será porque la ciudad fuese de ménos importancia, ó porque los historiadores han sido romanos y no cartagineses?

Al cabo de tantos desastres, estaban ya reducidos los cartagineses al solo recinto de Cádiz. No faltó quien de esta ciudad saliera secretamente á ofrecer á Escipion la entrega de la plaza. Pero descubierta ó traslucida la trama por el gobernador Magon, redobló la vigilancia y las guardias, y arrestados los jefes de la conspiracion, determinó trasportarlos á Cartago en una flota á las órdenes de Adhérbal. Esta flota fué en su mayor parte destruida por la de Lelio, que en las aguas de Algeciras la aguardaba. Salvóse, no obstante, Adhérbal en su galera. Lelio y Marcio, desesperando de poder tomar por entónces una ciudad tan defendida y vigilada, volviéronse con la flota y el ejército á Cartagena.

Un incidente inesperado balanceó por un



momento el poder romano en España. Acometió á Escipion una enfermedad grave, y se difundió la voz de que habia muerto. Los dos hermanos españoles Indivil y Mandonio, que se habian unido á los romanos, no tanto acaso por gratitud á Escipion, como con la esperanza de expulsar con su ayuda á los cartagineses, creyendo en la muerte del caudillo romano, mudaron otra vez de partido y levantáronse en armas de nuevo. Sobre unos ocho mil romanos que acampaban á las márgenes del Ebro, creyendo tambien muerto á su general, amotináronse so pretexto de faltarles las pagas, y deponiendo á sus jefes y nombrando en su lugar á simples soldados, encamináronse á Cartagena y llegaron hasta las orillas del Júcar. Pero Escipion no habia muerto; hallábase, por el contrario, restablecido ya á aquella sazón, y con su consumada prudencia dejó avanzar los rebeldes, los esperó y los hizo envolver por todo su ejército; mas no queriendo destruirlos ni diezmarlos, temiendo tambien la vecindad de Indivil y Mandonio, les habla, les persuade, les ofreció que les pagará de los tesoros mismos de los dos españoles, á quienes juntos van á batir, los reduce á la obediencia, y castiga un corto número de los sublevados.

Cuando Indivil y Mandonio supieron tales nuevas, repasaron el Ebro en retirada. Escipion los persigue, los acosa, los bate y los destruye. Convencidos estos españoles de la imposibilidad de luchar contra el ascendiente de Escipion, imploran su clemencia, y disculpando su ligereza demandan humildemente perdón para ellos y para sus conciudadanos. El romano vuelve á mostrarse generoso, y despues de reprenderles y afeales su perfidia, les otorga el perdón y les deja sus armas y sus estados, condenándolos sólo á una fuerte contribucion para el pago de sus tropas. Si artera y fingida fué la sumision, no fué ménos política la indulgencia. Pero conveníale á Escipion dejar allí restablecida la paz, porque le urgia arrojar á los cartagineses de Cádiz.

Por este tiempo habia vuelto de África Masinisa con un refuerzo de caballos númerados, como para socorrer á los suyos; pero ya hemos visto cuán inclinado estaba á hacer causa con

los romanos. Escipion se habia acercado tambien á Cádiz, y entónces fué cuando los dos caudillos celebraron la entrevista en que se pactó la amistad que habia de durar toda la vida, y se concertó la entrega de la plaza.

Magon ya no pensaba en defenderla. El senado cartagines habia resuelto al fin abandonar la España, y con las tropas que retirara de la Península tentar el último esfuerzo en Italia. Magon recibió orden de partir. Preparóse á ello arrebañando cuanto oro y plata pudo, así del Tesoro como de los particulares, sin respetar los templos de los dioses, que despojó tambien. Embarcóse en seguida, dejando á Masinisa con sus númerados en Cádiz. Tomó rumbo hácia Cartagena, y acercóse á su antigua metrópoli por si podia sorprenderla; pero rechazado vigorosamente por la guarnición romana, dió la vuelta hácia Cádiz, cuyas puertas halló cerradas ya y abolida la autoridad de Cartago. Abordó entónces con su flota al pequeño puerto de Ambis, desde donde envió diputados á la plaza quejándose de aquella novedad; y como manifestase deseos de hablar con los magistrados, acudieron éstos cándidamente donde Magon estaba, el cual tan luégo como los tuvo en su poder los hizo azotar y dar muerte de cruz. Así se despidieron de España los últimos cartagineses. Con una felonía se habian apoderado de Cádiz, y con un acto de traición le hicieron la última despedida (205).

Desde allí se hizo Magon á la vela para las Baleares. Tentó un desembarco en Mallorca, pero los honderos mallorquines le recibieron con una lluvia de piedras, que mal de su grado le obligaron á retirarse. Mejor recibido en la menor de aquellas islas, detúvose á invernar en un puerto que de su nombre se llamó *Portus-Magonis*, despues Puerto Mahon.

Al fin los cartagineses fueron expulsados de España, despues de catorce años de porfiadas y sangrientas luchas, y al quinto de haberse encargado Escipion de la guerra y del gobierno de la Península (1). Cádiz, la primera colonia fenicia y la última ciudad cartaginesa, pasó á ser ciudad romana.

(1) Lib. XXVIII, caps. 18 y 19.

CAPÍTULO XVII

Caida de Cartago.—Campanías de Anibal en Italia.—Constancia de los romanos.—Primer triunfo del cónsul Marcelo sobre Anibal.—Llega Asdrúbal á Italia.—Es derrotado y muerto en el Metauro, y su cabeza arrojada al campamento de Anibal.—Sentidos lamentos y lúgubres vaticinios de éste.—Pasa Escipion de España á Roma.—Sus designios.—Oposicion que encuentra en el senado.—Pasa á Sicilia y desde allí á África.—Pérfida estratagemata que emplea para derrotar á Siphax.—Anibal es llamado de Italia en socorro de Cartago.—Entrevista de Anibal y Escipion. Famosa batalla de Zama.—Triunfa Escipion y sucumbe Cartago.

Los sucesos que vamos á referir en este capítulo, aunque acontecieron fuera del territorio de nuestra Península, y de ellos nos hemos ocupado en otro lugar, harémos ligera mencion de ellos por la grande influencia que ejercieron en los destinos de España. Trátase además de la suerte que cupo á dos de los más famosos capitanes de la antigüedad, que ambos habian inaugurado la carrera de sus glorias en los campos españoles. Trátase de dos guerreros insignes, que en nombre de las dos más poderosas y más enemigas repúblicas se disputaban el imperio del mundo. Trátase del final término que tuvieron las memorables luchas entre romanos y cartagineses; luchas sostenidas con soldados españoles, que peleaban fuera de su patria en contrarias filas, y que solian decidir el éxito de las batallas en provecho ajeno. Trátase, en fin, de la caída de una república que señoreó siglos enteros los mares, y estuvo á punto de sujetar la Italia y la España al dominio africano.

Hemos dejado á Anibal invernando en Ca-

pua despues del memorable triunfo de Canas. Se han hecho cargos á aquel ilustre guerrero por no haber marchado derechamente sobre Roma; pero acaso en nada anduvo más prudente el africano que en no empeñarse en la conquista de la ciudad eterna. Tal vez se han exagerado tambien los daños que en la disciplina y en la moralidad de su ejército causaron las ponderadas *delicias de Capua*; puesto que se vió todavía á este mismo ejército, no muy numeroso, sostenerse por espacio de muchos años en país enemigo, pelear con vigor, mantener en respeto á Roma en medio de todo género de dificultades. La mayor dificultad que tuvo Anibal contra sí, fué la constancia romana, aquella constancia heroica que desplegaron los romanos pasadas las impresiones del primer aturdimiento. Todos, hasta los esclavos, se alistaban voluntariamente en las banderas de la patria; todos los ciudadanos derramaban espontáneamente su dinero en las arcas públicas; las naciones vecinas le prodigaban recursos y soldados. Nada puede dar una idea del modo